

# EL TRISTE DESTINO DE FERNANDO DE ROJAS

**H**AY escritores que logran en vida su propia mitificación; otros a los que les llega la gloria mucho después de su muerte, como una reparación tardía; algunos, los más, a quienes la muerte sepulta en el olvido y, finalmente, los que permanecen eternamente en el anonimato aunque sus obras gocen de reputación y acatamiento universales. También se dan casos de escritores celeberrimos que han sido víctimas de eclipses o negaciones temporales y ejemplos de escritores cuya responsabilidad no ha sido descifrada nunca o nunca suficientemente celebrada.

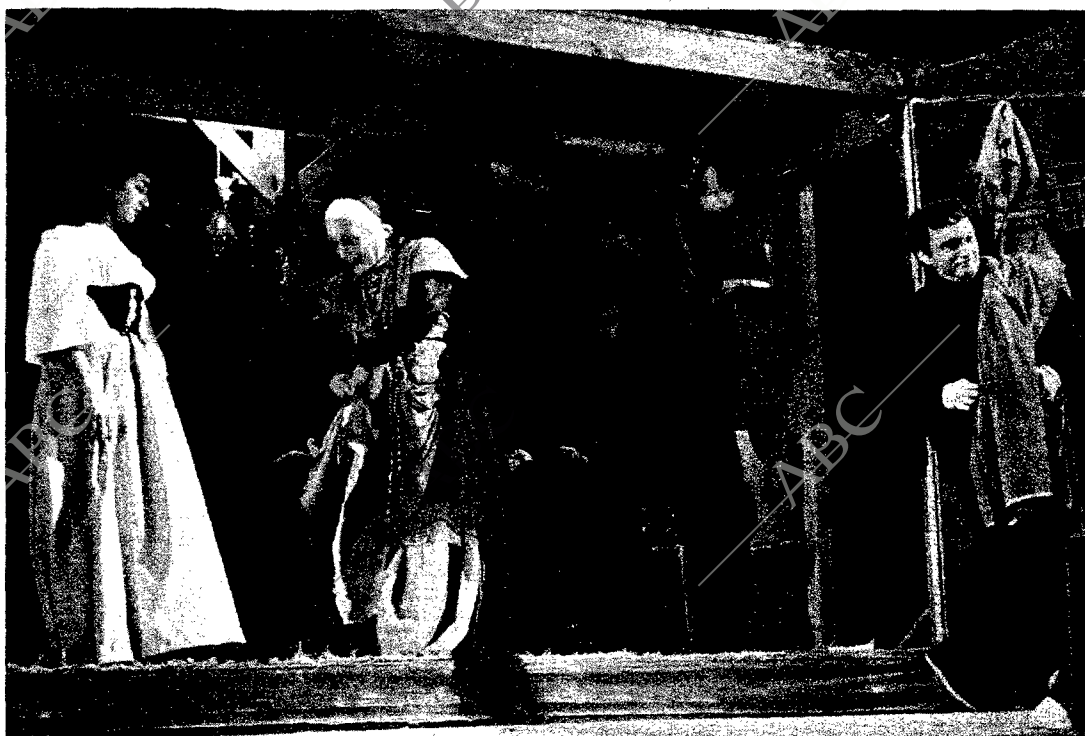
Entre estos últimos se encuentra Fernando de Rojas, de quien sabemos muy poco: que nació en Puebla de Montalbán, de familia de judíos conversos—en cuya condición tal vez radique la clave de los trágicos amores de Calisto y Melibea e, incluso, su propio destino—, que fue bachiller por Salamanca y, finalmente, alcalde de Talavera de la Reina. Su obra, sin embargo, "La Celestina" es un verdadero monumento de la literatura castellana. Cervantes dice de ella: "Libro, en mi entender, divino si encubriera más lo humano." "En cuanto al mérito de "La Celestina"—dice, a su vez Menéndez Pelayo—toda alabanza parece pequeña. El moralista no puede menos de hacer ninguna." Y la opinión unánime de críticos y eruditos considera a "La Celestina" como la primera gran obra teatral escrita en lengua moderna europea, aunque en ella se adviertan clarísimos antecedentes de clásicos latinos y la influencia de otros autores castellanos anteriores como los arceprestes de Hita y de Talavera. Tan alta es la cima que ocupa en la literatura y tan grande fue la fuerza creadora de su autor que "La Celestina" ha trascendido a otras literaturas y en ella tomó vida un personaje imperecedero cuyo nombre sirve para sustantivar un tipo de conducta humana: la alcahuetería. Al igual que denominamos "quiote" a la persona entregada a la generosidad y a los sueños imposibles, y "donjuán" al que profesa la conquista de los favores femeninos, llamamos "celestina" a quien hace el oficio de terciaria en los amores entre hombre y mujer.

Fues bien, hasta hace relativamente pocos años, "La Celestina" era considerada una obra anónima en muchas historias de la literatura, pese al célebre acróstico de sus versos iniciales. Yo mismo estudié en una de ellas. También se pone en duda que pertenezca a Rojas su primer acto. Menéndez Pelayo le atribuye toda la obra, pero Menéndez Pidal opina que el primer acto se lo encontró hecho y que él no hizo otra cosa que escribir los restantes. De todas maneras, no se le puede negar que escribiera veinte de sus veintitún actos, o sea

el 99 por 100 del total de "La Celestina". En cualquier caso, siempre irá envuelta en la duda la paternidad de la obra y quedará en entredicho la reputación de su autor, y Fernando de Rojas será una figura no sólo minimizada por la grandeza de su creación literaria, aplastada por ella, sino borrosa en cuanto a su identidad personal y a su verdadera significación como autor. Si nos situáramos en una de nuestras calles concurridas y preguntáramos a un grupo de transeúntes elegidos al azar si han oído hablar de "La Celestina", es muy probable que obtuviéramos más respuestas afirmativas que negativas; si, apurando la cuestión, la pregunta se extendiera al nombre de su autor, veríamos que las respuestas negativas superarían a las afirmativas; y si, por último, inquiriésemos entre los que conocen el nombre de su autor cualquier dato o referencia sobre Rojas como persona y como escritor, es casi seguro que na-

años y los siglos, y sobre el sepulcro del autor de "La Celestina" se instala un gimnasio. Muchos jóvenes que ignoran su nombre juegan, saltan, corren y realizan toda suerte de ejercicios gimnásticos encima de sus restos mortales. Tal cosa, naturalmente, no implica irrespetuosidad o ultraje por parte de ellos, pero sí un imperdonable pecado de ignorancia por parte de sus mentores, que es lo verdaderamente grave.

No obstante, alguien se da cuenta un día de lo que está sucediendo y se procede a la exhumación de los despojos mortales de Fernando de Rojas, escritor que forma, junto a Cervantes y a Lope, la gran trinidad de la literatura castellana. Pero ahí queda todo y no se llega hasta la reparación del olvido y del abandono de que había sido víctima hasta entonces. Es decir, no se da paz a sus huesos con el decoro y la dignidad que su recuerdo merece.



Una escena de "La Celestina".

die sabría decirnos nada. Con otras palabras, así como "La Celestina" es una obra artística provista de una entidad y, diríamos, de una corporeidad perfectamente definidas y concretas, en cambio, su autor es más bien un fantasma que sólo puede interesar a los eruditos. Si desde el punto de vista práctico lo que interesa es la obra que está ahí y lo de menos es su autor, que fue tal o pudo muy bien ser otro, no deja por ello de ser, aparte de una injusticia, una torpe manera de enfrentarse con un fenómeno literario de tan insólita grandeza, porque, si bien la obra es lo que queda, ésta no pudo darse nunca sin la medida extraordinaria de su autor. Para que tal portento pudiera gestarse y tomar vida fue necesario previamente un hombre con una inteligencia, una cultura y una sensibilidad capaces de parir portentos. Así, si "La Celestina" es una gran obra literaria, es porque Rojas fue un gran escritor. Pensar lo contrario es tanto como creer que pueden dar peras los olmos.

Pero no se agota con esto la mala suerte que parece presidir la vida de aquel escritor que se llamó Fernando de Rojas. Llega a ser alcalde de Talavera y en esta ciudad termina su vida y es enterrado. Pasan los

No. Según noticias que he obtenido en Talavera recientemente, los huesos de Fernando de Rojas permanecen insepultos y yacen, envueltos en un lienzo, en alguna dependencia del Ayuntamiento de la ciudad.

De ser cierto—y me adelanto a confesar que no he podido comprobarlo—se podría pensar que el fantasma de la Inquisición persigue todavía al fantasma de nuestro autor, quizá por su ascendencia judía o tal vez por la heterodoxia que alienta en su obra. De lo que no cabe duda es de que con Fernando de Rojas se ha consumado hasta extremos increíbles el triste destino que nuestra incuria, nuestra envidia y nuestro resentimiento guardan para las mejores inteligencias del país, ni de que ha llegado ya la hora de una reparación con todos los honores, a fin de que, aunque tarde, le llegue el reconocimiento de los que hablan y escriben en el mismo idioma que él puso tan alto literariamente. ¿Y quién—me pregunto yo—con más títulos para tomar la iniciativa que la Real Academia Española?

Y no ya sólo por el decoro de Fernando de Rojas, sino por nuestro propio decoro también.

Angel María DE LERA